

Índice

Presentación	7
América: la tierra de las oportunidades	9
Llegada a Nueva York	13
El tío Pietro y la Pequeña Italia.....	19
La fábrica Triángulo	25
El primer día de trabajo	33
El baile	39
Laura y Mark	43
Bettina y el señor King	49
El secreto	55
El octavo piso: ¡fuego!	59
El noveno piso: atrapadas	63
El décimo piso: la azotea	69
Cenizas y muerte	75
La culpa del señor King	81
La vida.....	89
Epílogo	93
Y tú, ¿qué opinas?	95

PRESENTACIÓN

Los primeros años del siglo XX
fueron años de avances, crecimiento y revolución.
En aquel mundo dinámico
las mujeres desempeñaron un papel muy importante.

Hacia ya tiempo que había cambios
económicos, tecnológicos y sociales en parte de Europa.
También en América del Norte,
se vivía un gran progreso.
En las ciudades, se concentraban industrias
llenas de máquinas
y se necesitaban muchas personas
para hacerlas funcionar.

En las fábricas textiles, muchas mujeres trabajaban
a cambio de sueldos bajísimos y sin medidas de seguridad.
Mientras los dueños se enriquecían,
las trabajadoras pasaban hambre y malvivían.
Sin embargo, se organizaban, protestaban y luchaban.

La novela que tienes en las manos refleja esa lucha.
La misma lucha que protagonizaron tantas mujeres
en tantos países distintos
para conseguir mejoras en el trabajo
e igualdad de derechos con los hombres.
Una lucha que llevó, a la larga,
a una gran transformación de la sociedad.

AMÉRICA: LA TIERRA DE LAS OPORTUNIDADES

Bettina y Laura miraban la Estatua de la Libertad con los ojos muy abiertos.

Eran hermanas gemelas, tenían 17 años y aquella estatua era la más grande que jamás habían visto. Casi era tan alta como una montaña.

La figura representaba una mujer con una corona de siete puntas en la cabeza y la mano derecha levantada. Parecía que les daba la bienvenida a América.

Era el mes de enero de 1911 y Bettina y Laura acababan de llegar con su padre a la aduana¹ de Nueva York.

Habían viajado durante 3 semanas en las oscuras bodegas de un barco inmenso, tan llenas de hombres, mujeres, niños y niñas que nadie podía moverse mucho.

Estaban muy cansadas.

Tan cansadas que, ahora que pisaban tierra firme, a Laura le parecía que las fuerzas la abandonaban.

¹ Oficina pública donde se registran las mercancías, se cobran impuestos y donde se decide quién puede entrar en un país.

—¡Vamos, Laura! ¿No te gusta estar en Nueva York?
—dijo Bettina a su hermana.

Bettina siempre animaba a Laura,
pero habían sufrido tanto
que Laura tuvo que esforzarse mucho para sonreír.

El año anterior había sido muy duro en Italia,
donde habían vivido siempre.
Su madre había muerto
después de meses de estar en cama con tos y sudor.
Además, el pueblo italiano donde Bettina y Laura habían nacido
era demasiado pobre y no había trabajo para todo el mundo.
Su padre no podía ganarse bien la vida allí.
La comida era muy cara y escaseaba.
La tierra ya no podía cultivarse como antes
porque estaba muy seca y quedaban pocos campos
donde plantar verduras y patatas.

Por eso su padre había decidido
que se marcharían a otro país.

Habían oído hablar mucho de América.
Se decía que era la tierra de las oportunidades.
Que era una tierra nueva
donde había todo lo necesario para ser feliz.
Una tierra nueva donde todo era posible.



El padre de Bettina y Laura sólo quería ganar dinero y volver a Italia.

Le parecía que estarían poco tiempo en América, en Nueva York.

Quizá un año. O dos. O tres.

Después todos juntos harían el viaje de vuelta a casa con los bolsillos llenos de billetes.

Montarían un pequeño negocio y vivirían bien.

El era un hombre fuerte y valiente.

Pondría todo su empeño en ello y lo conseguiría, estaba seguro.

Éste era el sueño de todos los hombres y mujeres que habían hecho el mismo viaje.

Y eran muchos. Muchísimos.

LLEGADA A NUEVA YORK

La aduana de Nueva York tenía muchos edificios y ocupaba una isla entera muy cerca de la costa, la isla Ellis. Cada día pasaban por allí más de 2.000 personas que querían vivir y trabajar en Nueva York. Porque en aquel tiempo Nueva York era la ciudad más grande del mundo.

Ahora Bettina, Laura y su padre esperaban en uno de los edificios de la isla, en una sala muy grande.

La sala tenía unos ventanales muy altos y banderas de barras y estrellas que colgaban del techo. Estaba llena de gente que hacía cola.

Las mujeres estaban a la derecha y los hombres, a la izquierda. Todos de pie, en distintas filas. En la cola de las mujeres, Bettina y Laura no dejaban de mirar a su padre, que estaba en la cola de los hombres, un poco más atrás.

Había muchas mujeres con niños en brazos y chiquillas de 13 o 14 años con paquetes en una mano y una hermana pequeña en la otra.

Había abuelas con delantales largos
y manteletas² sobre los hombros.
Y chicas con fardos³ de ropa encima de la cabeza.

Al otro lado,
se veían hombres con sombrero y maletas viejas bajo los brazos.
Y niños con un dedo en la boca y cara de miedo
que vigilaban cestos llenos de vestidos usados.
Todos esperaban para pasar los controles
de la policía americana.

Al cabo de un rato,
Bettina y Laura se acercaron a una ventana
desde donde se veía la costa de Nueva York.
Al sur de la ciudad,
se levantaban rascacielos muy altos, de hasta 50 pisos.
Podían contarlos porque los veían bien desde allí,
tras el cristal de la ventana,
a pesar de la ligera niebla de aquella mañana de enero.

—¿Has visto esos edificios?

—dijo Bettina a Laura— ¡Son altísimos!

¡Creía que era imposible construir casas tan altas!

² Capa pequeña que usan las mujeres como abrigo.

³ Lío grande de ropa, muy apretado, para poder llevarlo
de una parte a otra.

Bettina no podía contener la emoción.
La vista le iba de un lado a otro.
No alcanzaba a mirar y remirarlo todo.

Laura, en cambio, estaba muy callada.
Sentía miedo y preocupación
pero no lo expresaba.
Los nervios le producían dolor de estómago.

Aquella cola que debían hacer
para que los policías los dejaran entrar
avanzaba muy despacio.

Además, Laura tenía frío.
Sólo deseaba poner los pies en las calles de Nueva York,
que decían que eran de oro,
y encontrar a su tío Pietro.

Ya hacía años que el tío Pietro vivía en Nueva York.
Y los estaba esperando.
Bettina y Laura estaban impacientes
y se mordían las uñas
de tantas ganas que tenían de abrazarlo.

—Bettina, ¿por qué tardamos tanto en pasar?
—preguntó Laura al fin.

—No lo sé muy bien— respondió Bettina,
que se había puesto de puntillas
para ver algo más allá—.
Creo que miran si tenemos alguna enfermedad.

Era exactamente eso.
Al principio de la cola,
unos médicos y unos policías con botas negras, pantalones grises
y chaqueta abrochada hasta el cuello,
examinaban los ojos, las manos y la nariz a todo el mundo.

Les tocaban la frente para saber si tenían fiebre
y les ordenaban que sacaran la lengua para ver qué color tenía.
De vez en cuando, negaban con la cabeza
y obligaban a un hombre o a una mujer a marcharse
porque sospechaban que estaba enfermo.

—¿Y si creen que no estamos bien?
—dijo Laura, asustada— ¿Y si no nos dejan pasar?
¡Tío Pietro nos está esperando!
Y hemos hecho un viaje tan largo...

—¡Venga, Laura! Nosotros tenemos buena salud.
¡Qué chiquilla eres! ¡Sé más valiente, mujer!
—la animó Bettina.
Y todavía continuaron de pie en la cola más de 2 horas.
La espera se hizo tan larga
que les pareció que eran 3 o 4.

Por fin, medio mareados y agotados,
Bettina, Laura y después su padre
pasaron la inspección.
Se reencontraron
y dejaron atrás a los policías y la cola.

Todos anduvieron de prisa
hasta una puerta con un letrero que decía:
«Entrada a Nueva York».
La empujaron
y sintieron una alegría muy intensa.
¡Ya estaban allí! ¡América iba a ser un poco suya!

Enseguida vieron al tío Pietro,
que los esperaba con los brazos abiertos.

Bettina saltaba tanto
que se le cayó el pañuelo de la cabeza
y Laura respiraba a fondo el aire de aquella nueva patria.
Estaban muy contentos.
Pero a su padre le pareció
que su hermano estaba más delgado
y tenía peor cara que la última vez que lo había visto.